

y rápido de resultas del cual puede decirse que lo indígena puro, como lo había sido en el período prehispánico o preeukuménico de la historia del Perú, desapareció ante una inexorable fuerza de la historia. El elemento indígena, salvo en las tribus amazónicas, no sobrevive en el Perú en estado de pureza, y es iluso creer o querer encontrarlo así; sobrevive como factor componente de una forma de vida que es mestiza desde hace varios siglos, aún en sectores de la población que biológica o étnicamente puede considerarse indígenas. Es, pues, necesario remarcar la diferencia entre lo étnico y lo etnológico. Es posible que haya sectores de la población del Perú casi no contaminadas desde el punto de vista del soma hereditario por la raza blanca, pero etnológicamente eso no existe. Y podríamos empezar por el paisaje.

* * *

El mestizaje posterior a la conquista va acompañado de una transformación del paisaje, no por cierto en los aspectos determinados por factores geológicos y meteorológicos que se sitúan más allá de la posible influencia humana, tales como el perfil del horizonte y el relieve del suelo, particularmente anfractuosos en el Perú, o la diafanía o densidad de la atmósfera, variable según horas y estaciones y, por último, como consecuencia de todo ello, la ausencia o presencia de vegetación. Pero si esto es inmodificable por el hombre no ocurre lo mismo con aspectos del paisaje que se hacen discernibles en el primer plano o planos cercanos, mediante el cultivo de la tierra, la crianza de animales y la obra arquitectónica o civil. Es a este respecto que el paisaje del Perú, siempre con su alto horizonte y el declive caprichoso de su suelo, generalmente carente de planicies, y su vegetación rala o desértica, salvo en la región amazónica, sufrió una transformación radical.

En un desacierto célebre de José Carlos Mariátegui, en alguno de sus *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, el famoso autor se permitió decir que la Costa del Perú es española, pero la sierra era indígena. Había viajado poco el famoso ensayista. No discuto que la arquitectura de la costa peruana sea predominantemente hispánica y hasta arábiga; lo discutible es que el paisaje rural y urbano de la sierra no sean hispánicos en una inmensa medida. Esto, sin embargo, se tiende a creer como un prejuicio que aflora de manera natural. Después de todo el error de Mariátegui fue un lugar común. Lo mismo creyeron un grupo de pintores que siguiendo a José Sabogal se decidieron a pintar el Perú profundo, a penetrar en la sierra, ese interior tan cercano y tan lejano a la vez, tan traspuesto como si nos pesara llevarlo a la espalda. Son los pintores más interesantes del Perú contemporáneo, un Vinatea Reynoso, un Camino Blas, un Camino Brent, juzgados un tiempo revolucionarios, sus firmas se cotizan hoy sobremanera en mi país. Aunque justamente la escuela se llamó indigenista, lo que sus cuadros nos muestran son paisajes rurales y urbanos transidos de elementos hispánicos. Imaginemos un paisaje como los gratos a esos pintores. El perfil de los cerros violáceos corta un cielo azul. A sus pies habla un torrente que viste de verde la quebrada y por añadidura le da la profusión de flores y frutos. Un puente de piedra da el firme tranco de un arco sobre el río, y lleva al pueblo que se agolpa en torno de la iglesia. El pueblo se sitúa en la conca de andenes

que trepan la ladera. En el primer plano una arpa eólica de eucaliptos vibra al sol y al viento al borde del agua, el todo salpicado por figurillas, apenas manchas, de hombres y animales que pasan.

Por cierto esto es un hacinamiento convencional de elementos que no responde a ninguna pintura específica, pero reúne los componentes de muchas de ellas. Y bien, de este cuadro son hispánicos los eucaliptos y la arcada del puente. Son mestizos la iglesia y la arquitectura de las casas; el elemento prehispánico está representado por las andenerías milenarias y lo demás es la naturaleza. Esto es lo que vieron los pintores indigenistas. En busca de lo indígena descubrieron lo mestizo o, mejor dicho, las hondas raíces del mestizaje peruano que junto con lo indígena comporta indelebles aspectos hispánicos. Curiosamente la escuela pictórica que más elementos tiene en común con la escuela indigenista peruana es la escuela española encabezada por Zuloaga, Chicharro y los hermanos Zubiaurre, y el parentesco se prolonga quizá hasta Gutiérrez de Solana.

Y aquí quisiera evocar la vigencia que tienen para mí país ciertos temas hispánicos, como son el tema unamuniano del diálogo de Castilla con las provincias marinas, que encuentra quizá su culminación poética en el libro de Antonio Machado *Campos de Castilla*. Esta lectura suscitaba en la juventud de mis tiempos, en la costeña y frívola Lima, la nostalgia del interior del país y de su profunda belleza, junto con otras lecturas de tintas aún más cargadas, en que Dostoievski explicaba sus ilusiones paneslavistas a propósito del poeta Nekrásov.

Tuvo pronto ocasión de sopesar estas ideas y de medir personalmente el error de Mariátegui. Recuerdo por entonces un retiro en el convento franciscano de Ocopa, cerca del alegre pueblo de Concepción, a medio camino entre Jauja y Huancayo, en el valle del Mantaro. Hicimos el viaje en tren, que cruza el divortium aquarum a la altitud del Mont Blanc, y en Concepción, entrada la noche, subimos para la última etapa a un camión cuya plataforma compartíamos con un grupo de indias. A media voz ellas criticaban nuestra charla profana y luego entonaban canciones a la Virgen. Era Semana Santa. Pasamos tres días con sus noches en el convento, de cuyo portero indio se decía que todas las mañanas y las tardes subía a una colina a adorar al Sol. Nos teníamos que lavar en un caño al aire libre en el claustro donde estaban nuestros cuartos, que amanecía a diario congelado; pero a la noche ese claustro bañado por la Luna era un escenario de ensueño. No diré las meditaciones que hicimos entonces. Lo especialmente interesante del retiro fue seguir en su pureza el desarrollo de la liturgia antigua de Semana Santa. En el oficio de tinieblas el viernes, la iglesia quedó vacía y oscura como un lugar abandonado. Entonces se realizó el entierro de un campesino del lugar. En la iglesia desolada entró el ataúd e hizo los tres altos sucesivos, reposando cada vez en el suelo, mientras, los frailes cantaban el responso. Nunca he sentido con mayor intensidad el sobrecogimiento de la muerte que por ese extraño, un indio de Ocopa, prójimo en la fe cristiana. Luego lo enterraron fuera, bajo tierra, junto a un muro de la iglesia. Terminado el retiro visitamos la biblioteca del convento, repleta de incunables y vimos la colección que guarda de piedras talladas de Huamanga. El domingo todo era alegría, bullicio y color en el mercado de Concepción, y seguimos camino a Huancayo entre campos arados que bordeaban

hileras de eucaliptos y la retama de fuerte olor y flor amarilla al borde de las tapias.

El eucalipto y la retama son elementos aportados por los españoles que están inscritos de una vez para siempre en el paisaje del Perú, como lo están también las múltiples especies de animales y vegetales que España aportó para la alimentación, vestido y otros usos. Bueyes, vacas, caballos, asnos, cerdos, carneros y cabras, gallinas y palomas. Al lado de las especies hispánicas sobreviven las indígenas: llamas, alpacas, vicuñas, huanacos. Y unas tanto como otras, resultan parte integrante de la ecología, en su doble aspecto económico y estético.

La importancia de estas especies animales es obvia. Hoy el buey como animal de tiro para el arado parece una cosa anticuada. Sin embargo, si se le compara con la taclla que era la forma de arado prehispánico, manejada con el pie humano, es miles de veces más eficaz. La taclla, sin embargo, sobrevive en las andenerías prehispánicas que visten las faldas de nuestras montañas, adonde el buey no puede acceder. El campo de acción de éste son los terrenos más o menos planos de los valles y quebradas, en cuyas laderas, si he de ceder a un recuerdo de mi juventud universitaria «dentre las resquebrajaduras de las rocas surge airosa la flor de la huamanripa».

Quizá sea del caso anotar un ejemplo no de simbiosis, sino de lo contrario, entre ejemplares de la fauna hispánica y la prehispánica. Me refiero a un rito salvaje que suele ser practicado por los indios, quienes amarran un cóndor al lomo de un toro bravo, el cual lucha incapaz de defenderse de las garras del cóndor y del pico que le ataca el morrillo y la testuz. Es el espectáculo más cruel que pueda imaginarse y lleva a un extremo no igualado la ferocidad de la fiesta taurina. Parece haber en este rito popular un significado oculto, pues el cóndor representa el espíritu de la montaña, es decir, la tierra andina, que de esta manera estaría ensayando su venganza sobre los seres extraños que hollan su suelo. No sé si tal sea la interpretación correcta de esta festividad violenta y colorida. En todo caso ella suena una nota bronca de nuestro mestizaje.

Los peruanos ponemos especial motivo de orgullo en nuestro caballo de paso. Se trata de una espléndida y fogosa variedad de caballo árabe que también existe en Andalucía. Su peculiaridad puede parecer una limitación: el caballo de paso no trotta, ni galopa; avanza sin pausa ni prisa moviendo a la vez las dos patas del mismo lado, levantando a lo más alto la delantera en un ritmo que le permite recorrer grandes distancias de suelo arenisco sin cansarse, ni cansar al chalán, que así se llama a quien lo cabalga. Es el caballo señorial de los antiguos hacendados de la costa que debían peinar a diario sus campos, o de los viejos generales de nuestra historia agitada y golpista, hechos a recorrer en sus campañas inmensos arenales, de valle en valle, cuando no se había inventado el automóvil. La imagen nerviosa y elegante de potro y chalán —silla de cuero tallado, plata en las bridas y los estribos, suave poncho de lino— es lo más móvil, colorido y en suma lo más majó, que el Perú puede ofrecer. He allí un elemento notoriamente hispánico incorporado hasta lo íntimo de nuestras tradiciones pintorescas.

He citado al caballo. El asno, «fuerte como un caballo, manso como una vaca», merece un elogio especial, pero ya lo hizo Vasconcelos en un célebre pasaje de su *Pequeña Historia de México*. Hagamos, en cambio, una referencia al mulo, híbrido